

MAQUIAVELO: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Alianza Editorial, Madrid, 2000. 457 páginas.

El interés y la apuesta decidida por una alternativa «republicana» a los males de la democracia contemporánea de teóricos políticos como H. C. Jr. Mansfield, P. Pettit, J. G. A. Pocock, Q. Skinner, o, en los últimos años y de manera pudiéramos decir que hasta militante, M. Viroli <sup>1</sup>, está sustentado básicamente en una relectura o, por mejor decir, en un diálogo bajo los focos con la obra de Maquiavelo. La interpretación convencional de los escritos políticos del autor florentino viene siendo puesta en cuestión desde hace al menos tres décadas <sup>2</sup>, y al paso de esta revisión los *Discursos* han desplazado a *El Príncipe* en el punto de mira de la teoría política.

En la «Introducción» a esta nueva edición <sup>3</sup> de los *Discursos*, la profesora

Ana Martínez Arancón, que es también la traductora del texto de Maquiavelo, nos dice que el contenido de los mismos es una apuesta decidida del autor por la *república* como forma ideal de gobierno para el futuro de Italia, un «renacimiento» político inspirado en el «espíritu» de la antigua «república romana»: porque en ella «se mira más por el bien común (...) el pueblo es libre (...) existe mucha igualdad (...) se puede formar un ejército con los propios ciudadanos (...) es una forma política mucho más equilibrada (...) también (...) más dúctil (...) elimina el problema de la sucesión (...) no hay sitio para que crezca una nobleza muy poderosa y ociosa (...) [y] Por último, se respeta la ley (...) [siendo así] el artificio perfecto» (pp. 7-8, 14-18).

¿Por qué, entonces, esta obra ha tenido hasta nuestros días menos popularidad que *El Príncipe*, obra-fetiché con la que se identificó sin más a Maquiavelo?

Asimilar indistintamente una y otra obra como los pilares con que Maquiavelo construyó la teoría política moderna, y afirmar como hace George H. Sabine <sup>4</sup>, que «ambas obras presentan por igual las cualidades por las que se conoce especialmente a Maquiavelo, tales como la indiferencia por el uso de medios inmorales para fines políticos y la creencia en que el gobierno se basa en gran parte en la fuerza y la astucia», es olvidar lo que textual y repetidamente el florentino nos dice: que la república, según su criterio, y desde cualquier punto de vista, es superior al gobierno del prínci-

<sup>1</sup> H. C. Jr. Mansfield, *Machiavelli's New Modes and Orders. A Study of the Discourses on Livy*, Ithaca and London, 1979. P. Pettit, *Republicanism. A Theory of Freedom and Government*, Oxford, 1997. J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Political Tradition*, Princeton, 1975. Q. Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, I y II. Cambridge, 1978. Q. Skinner, *Liberty before Liberalism*, Cambridge, 1998. M. Viroli, *For Love of Country. An Essay of Patriotism and Nationalism*, New York, 1995; M. Viroli, *The Founders. Machiavelli*, Oxford, 1998; y también M. Viroli, *Repubblicanesimo, una nuova utopia della libertà*, Roma-Bari, 1999. Para una recepción del debate abierto por estos autores, ver: R. R. Aramayo y J. L. Villacañas (comps.), *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, México D.F. y Madrid, 1999.

<sup>2</sup> Con C. Cattaneo como precursor, con *La città considerata come principio ideale delle istorie etaliane*, en *Opere scelte*, Einaudi, Turín, 1972, vol. IV.

<sup>3</sup> Desde la publicación en 1965 de las *Obras* de Maquiavelo (Ed. Vergara, Barce-

lona), no hubo nueva traducción y edición de los *Discursos* hasta 1987 (Alianza Bolsillo). Esta última edición tuvo una reedición en 1996.

<sup>4</sup> G. H. Sabine, *Historia de la teoría política*, FCE, México, 4ª ed. en español, 1968, p. 254.

pe, como apuntábamos más arriba; y que por ello le interesa comunicar su experiencia y su conocimiento acerca de cuándo y cómo se crean las repúblicas, de lo grande y ejemplar que fue la república romana, y de por qué toda república que quiera durar deberá conocer la historia de aquélla e imitarla; de qué errores se deberán evitar y qué acciones habrá que llevar a cabo para salvaguardar el principio básico de toda república, la libertad, y, por tanto, para que la república no se corrompa, y, por último, acerca de cómo, si llegara a corromperse, volver a instaurarla de nuevo en su ser.

Esta aparente contradicción hace que nos planteemos las siguientes preguntas: ¿Nos dice Maquiavelo algo distinto en los *Discursos* que en *El Príncipe*? ¿Es su reflexión sobre la república de un calado más hondo de lo que usualmente se ha querido mostrar? ¿Qué enseñanzas, qué claves o interpretaciones podemos sacar hoy en un diálogo sin prejuicios con el Maquiavelo de los *Discursos*? ¿Son la política y Maquiavelo tan inmorales como se da por sentado usualmente?

Sabemos que mientras que *El Príncipe* está dirigido a los príncipes *actuales*, los *Discursos* lo están a los *potenciales*<sup>5</sup>, lo que hace que Maquiavelo cambie el *tono*, abandone la furia y se explaye en cambio en los *Discursos*, a través de innumerables ejemplos históricos, con la intención de enseñar y guiar a quien le lea. Este cambio de tono creemos que es significativo porque Maquiavelo, como «maestro en el arte de la retórica»<sup>6</sup>, lo ha elegido fundamentalmente para convencer a futuras generaciones de líderes políticos.

Por otra parte, Maquiavelo pretende en los *Discursos* una ruptura con la vieja

tradicción política basada en principios cristianos y corrompida, lo que según él requería un *renacimiento* que sólo podía encontrar bases sólidas volviendo «a los orígenes», es decir a la «república romana». Ya había intentado antes, siendo Secretario de la república florentina, que ésta no se hundiese bajo el peso de sus propios defectos y emulase por el contrario a la antigua Roma, pero sus consejos no fueron escuchados. Florencia volvió a la tiranía de los Médicis, y Maquiavelo fue a parar primero a la cárcel y luego al destierro.

Convencido de que el fundamento de cualquier forma de dominio residía en la justicia y en las armas, es decir, en poder disponer de una fuerza armada no mercenaria, financiada y reclutada entre una población a la que se le reconocen y respetan sus derechos como ciudadanos, había comprobado que la República de Florencia no había sido capaz de ejercer tal tipo de dominio. Por ello, cuando la ociosidad forzosa y el alejamiento de la práctica política se lo permitieron, Maquiavelo se tomó el trabajo de mostrarnos cómo creía él que se conseguiría primero, y se mantendría después esta afortunada forma de dominio.

Había que, primero, «reducirla a sus principios. Porque todos los principios de las sectas, de las repúblicas y de los reinos tienen forzosamente alguna bondad» (p. 305). Después, instaurar la justicia y la libertad, protegidas por la fuerza, y, finalmente, había que mantenerlas frente a propios y extraños con *virtud* y *sabiduría*, pero también sabiendo lidiar con la *fortuna*, para no cometer el mismo error que su amigo Pietro Soderini, el último *gonfaloniero* de la Señoría florentina, al que su «inocencia» le impidió «hace[r] el daño que es necesario hacer para salvar la República»<sup>7</sup>.

¿Aceptamos entonces la visión canónica de Maquiavelo como el vocero más

<sup>5</sup> Ver la interpretación de Leo Strauss en *Meditación sobre Maquiavelo*, Madrid, IEP, 1964.

<sup>6</sup> Maurizio Viroli, *La Sonrisa de Maquiavelo*. Tusquets, Madrid, 2000, p. 90.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 162.

genial de «el fin justifica los medios»? A nuestro autor no le interesó nunca el «deber ser», es decir, los principios morales acerca de cómo debía ser una comunidad política, sino cómo conseguir vivir en comunidad sin renunciar a la libertad, de ahí que atacara a la Iglesia y a la teoría política clásica tanto por la bondad ideal de los principios que propugnaban como por la inevitable práctica corrupta que resultaba.

Por otro lado, «*il Machia*», como le llamaban los amigos, fue sobre todo un observador agudísimo y privilegiado de la vida política y de la condición humana de su época, pero no de una manera distanciada e intelectual sino comprometida y protagonista. Sus reflexiones sobre la política lo son también, a la vez, sobre los hombres y mujeres que andaban en ella y, por extensión y dada la calidad y profundidad de sus juicios, de la condición humana. Maquiavelo llegó a comprender cómo funcionaba la política

a través de su trato con los hombres y mujeres que la hacían, y cuando escribió posteriormente sobre aquélla lo hizo teniendo en cuenta la naturaleza de éstos.

Que sobre la base de los magníficos *Discursos* de Maquiavelo se pueda construir o no una tradición política republicana capaz de renovar la pálida y por doquier corrompida democracia de nuestros días, como nos propone Maurizio Viroli con tanta pasión y fuerza de argumentos<sup>8</sup> es reto que nos toca pensar y vivir a los que, *afortunados*, nos caigan en las manos para abrimos el corazón y despertarnos el ánimo estos *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, de Niccolò Machiavelli, «*il Machia*» para los amigos.

GLORIA MARTÍNEZ DORADO

---

<sup>8</sup> N. Bobbio y M. Viroli, *Diálogo en torno a la república*. Tusquets, Barcelona, 2002.